

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

Durruti: muerte y leyenda

Ilya Ehrenburg, el aventurero escritor soviético, poco sospechoso —por la cuenta que le traía— de tener admiración a los anarquistas, escribió de Durruti, en 1931: “Era un obrero metalúrgico que había luchado en las barricadas. Luego, ha asaltado bancos, arrojado bombas y secuestrado jueces. Antes, había sido condenado a muerte tres veces: en España, en Chile y en Argentina. Ha pasado por innumerables cárceles y ha sido expulsado de ocho países. Ningún escritor se propondría narrar la historia de su vida: ésta se parece demasiado a un novela de aventuras”. Y Ehrenburg, como viejo zorro, renuncia a hacerlo, y no porque no le subyugue el personaje, sino porque está pensando en la guerra a muerte que los soviéticos habían ya, cuando él escribió estas líneas y aún mucho antes, declarado a los anarquistas, y en todo el mundo.

Antes de llegar a la apoteosis de Durruti y a sus muertes —después veremos que hay varias, tantas como versiones se dieron de ella— es conveniente hacer una rápida galopada por lo que fue su vida, y hacerlo con más detalle que el novelista Ehrenburg. Veamos.

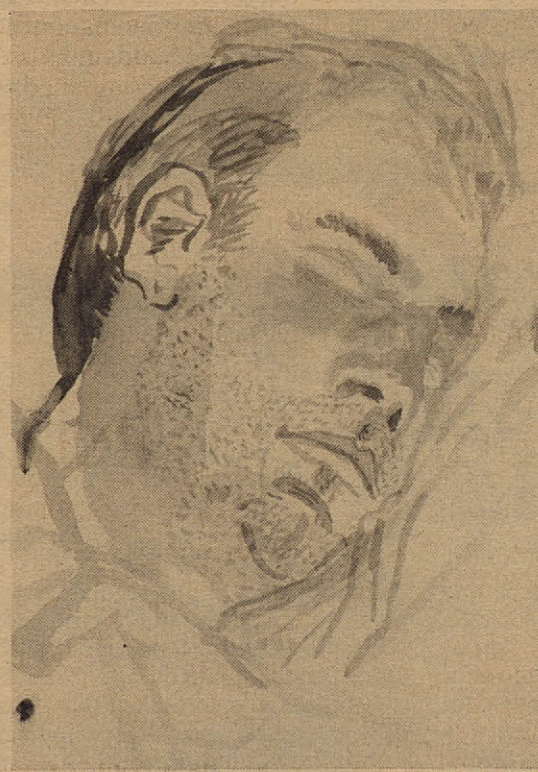
Durruti nació en León, la capital de la provincia española del mismo nombre, ciudad muy clerical y reaccionaria.

Tenía siete hermanos y una hermana. El padre trabajaba en el taller de los ferrocarriles, como muchos de sus hermanos y como él mismo. Buen alumno en la escuela primaria y dominical. Trabaja primero en una fundición, y pasa luego, después de un duro examen, a la Compañía Ferroviaria del Norte de España. Sigue estudiando por su cuenta en la escuela nocturna. Pronto se dispara: participa en una huelga del ferrocarril, como cabecilla, y es despedido. Emigra a Francia, y en París trabaja como ajustador mecánico. Allí se formó en las ideas de Bakunin y Kropotkin. Cuando ya llevaba tres años como emigrado, le llegan las noticias de que en Barcelona y otras ciudades españolas, bandas de pistoleros, pagados por la patronal, están eliminando a los militantes del sindicato anarquista de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Regresa a España: en la frontera ya le esperan los que después serían sus amigos inseparables, Ascaso y García Oliver. Con estos dos compañeros, organiza en Barcelona el Grupo de los Solidarios, que se enfrenta a tiro limpio con los pistoleros de la patronal y con la policía.

Tiene que “visitar bancos” para hacerse con fondos para ayudar a los anarquistas presos y a sus familias. Para vengar la muerte de más de 300 sindicalistas catalanes, Durruti participa en el atentado que termina con la vida del presidente

del Gobierno, Eduardo Dato, y también en el que acaba con el cardenal Soldevila, arzobispo de Zaragoza, que financiaba los sindicatos amarillos y a los pistoleros del sindicato libre en Aragón y Cataluña. Conoce la cárcel varias veces. Cuando logra huir, se dirige con Ascaso a Francia, y se encuentran a García Oliver. Nuevas “visitas” a los bancos y con el dinero recaudado fundan la Librería Internacional, en la parisina rue Petit.

A fines de 1924 viaja por América Latina: Cuba, México, Perú, Chile, Argentina, Uruguay. Atracos a bancos, a estancieros, a oficinas comerciales... Fondos para la causa. Son buscados en todos esos países, sus fotografías están expuestas por todas partes. Pero consiguen llegar a Francia.



PHILIP STANTON

Allí, al ser descubierto por una delación el atentado que preparaban contra el rey de España, Alfonso XIII, son encarcelados. Un año de cárcel y a España otra vez, no sin antes pasar por Bélgica, Luxemburgo, Alemania y otra vez Bélgica, siempre “recaudando fondos para la causa”. Durruti tiene ya una compañera fija, Emilienne Morin, que no le abandonará hasta el fin. “Durruti y yo no nos cansamos nunca, por supuesto. ¿Qué se figura usted? Los anarquistas no vamos al registro civil.” Así le espetó la tal Emilienne, aún viva, a mi amigo Hans Magnus Enzensberger, el mejor investigador de la vida de Durruti de los que yo conozco.

La segunda república española, proclamada en 1931 después de unas elecciones que le dijeron “no” a la monarquía, ve un Durruti en continua actividad como el elemento más caracterizado, el líder, de la Federación Anarquista Ibérica, la FAI, especie de cuerpo armado de la Confederación Nacional del Trabajo. Dentro del sistema republicano vuelven a mandar las derechas. Durruti está en los levantamientos de Cataluña y Aragón de 1933, y en la sublevación de Asturias del año siguiente. Es deportado a Villa Cisneros, nace su hija Colette, sale libre y vuelve a la cárcel repetidas veces. Cuando el Frente Popular gana las elecciones de 1936, Durruti está en el penal del Puerto de Santa María. Es liberado inmediatamente.

Pero ya se huele en el ambiente una sublevación de los militares y de los falangistas. En efecto, a los pocos meses, el nefasto 18 de julio de 1936 —nefasto para las izquierdas, claro, ya que los franquistas lo declararían luego fiesta nacional—, el ejército y los civiles armados se alzan contra la república; el general Franco dirige esta rebelión. En Barcelona es aplastada por la tropa y los anarquistas. Ascaso pierde la vida en el asalto al cuartel de Atarazanas. Durruti sale de inmediato al frente de Aragón, al mando de la columna de su nombre.

Su gente detiene el avance nacional hacia Cataluña, al tiempo que él funda y propicia comunas agrarias en las provincias de Teruel y Zaragoza que funcionan hasta el fin de la guerra; también funda el Consejo Regional de Defensa de Aragón, de clara inspiración anarquista.

Súbitamente, el Gobierno de la república ordena a Durruti y a su columna el inmediato traslado al frente de Madrid, a fin de “salvar” la capital de España. El 13 de noviembre de 1936 llegó la columna Durruti al frente de Madrid. Pelea bien: el día 19 del mismo mes ya había muerto más del sesenta por ciento de sus componentes. Y en la tarde de este mismo día, Durruti cae, en la zona de la Ciudad Universitaria, atravesado por un balazo al descender de un coche, cuando iba recorriendo las zonas de peligro. Muere a las pocas horas.

¿Las versiones de su muerte? Todas éstas, y otras que me dejo: fue muerto por sus propios hombres, descontentos de que les hubiese metido en la guerra; fue una bala del enemigo; fue una imprudencia suya, por estar cerca del frente y al descubierto; fueron los comunistas, que odiaban a los anarquistas; fue un guardia civil, desde un terrado; fue un moro emboscado; se le disparó el “naranjero” o fusil automático al apoyarlo en el suelo para salir del coche. ¿Y la verdad? Yo creo en la última versión. Aunque sea poco heroica. ●

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO, escritor